

UNIVERSIDAD DE MEXICO

★ ORGANO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO ★

VOLUMEN II

MEXICO, ENERO DE 1948

NUMERO 16



LA RESPONSABILIDAD DE LA JUVENTUD UNIVERSITARIA

DIALOGO CON FRANCISCO GAVIDIA

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

Toda la vital pujanza de la juventud universitaria vibró el 9 de febrero último en el acto de iniciación de cursos de 1948 de nuestra Casa de Estudios, que como en el año precedente se vió honrado con la presencia del señor Presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, uno de los más fervientes impulsores del progreso de la Universidad, ya que no ha escatimado ni simpatía ni ayuda efectiva para el acrecentamiento de todas las buenas empresas que ésta tiene trazadas. La ceremonia en cuestión —que siempre constituye una fiesta de felices augurios— se reseña con amplitud en páginas interiores del presente número.

Cuatro días después, el 13 de febrero, se efectuó la iniciación de clases en las Escuelas y Facultades de la Universidad. El entusiasmo y la normalidad caracterizaron ese acontecimiento, que marca el principio de otra jornada anual en que profesores y alumnos deben esforzarse por cumplir cada vez más con sus honrosos deberes universitarios, que sólo propenden al mejoramiento de esta patria que les legaron sus ancestros y que ellos deben a su vez ir abrigando para que se convierta en la mejor morada que puedan hallar sus hijos.

El licenciado Alemán, en las palabras que dirigió a los universitarios congregados en la ya aludida ceremonia de inauguración de cursos, los exhortó a que, en bien de su Casa de Estudios y de México, desplegaran sus mejores esfuerzos en esa labor conjunta de cada día. Fué un consejo razonable y trascendente, porque a todos nos alcanza la responsabilidad de constituirnos en una sola e inquebrantable voluntad que, por encima de cualesquier contingencias, se imponga como meta lograr que la Casa de Estudios progrese, se dignifique y se gane de modo unánime el respeto general. Ese designio de circundar a la Institución con las más límpidas auras de respeto debe irse afianzando entre sus componentes, a fin de que luego trascienda hasta la sociedad mexicana.

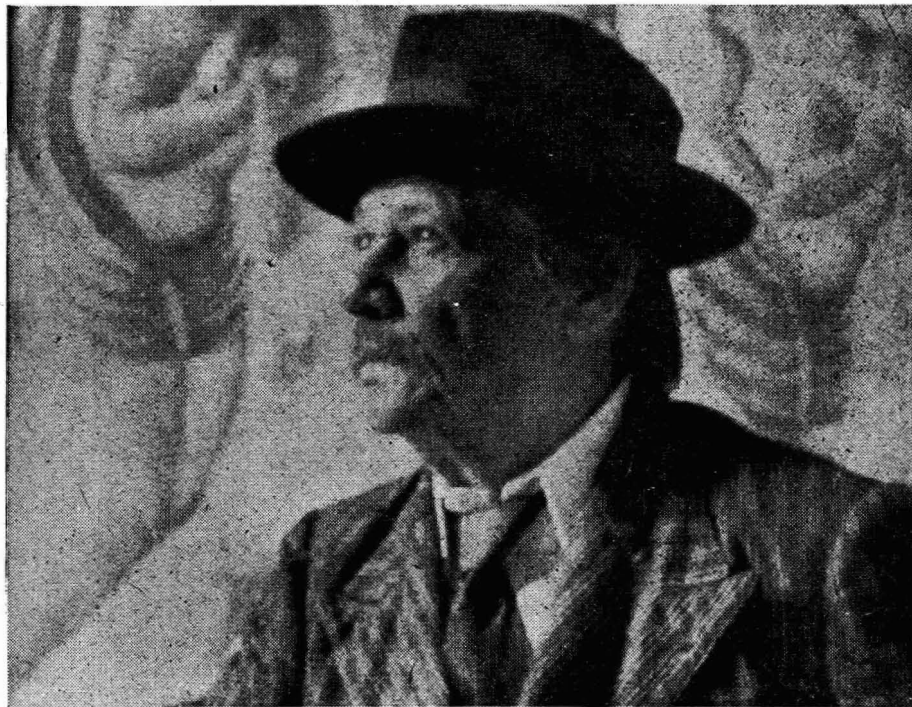
En el caso de los estudiantes —espíritus generosos de quienes a menudo tratan de hacer presa elementos indeseables confabulados en maniobras de turbia política—, cabe hacerles recordar que el solo camino que tienen abierto ante sí cuando aspiran realmente a forjarse una vida responsable y plena de dignidad, es el del estudio sin desfallecimientos y el de una lealtad viril hacia la Institución que emplea todos sus desvelos y energías en allegarles cuantos elementos de docencia y de laboratorios considera adecuados para mejorar los recursos de la preparación profesional de todos ellos.

Aquí, en la Universidad, todos integramos una sola familia de seres que no tienen otra preocupación que procurar a México ciudadanos cada vez más útiles, cada vez mejor compenetrados de las cualidades de abnegación y competencia que el país y su futuro demandan de cada hombre. Nada que no sea el quebrantamiento de esa obligación común debe aflojar los vínculos de buen entendimiento entre los miembros de la gran fraternidad universitaria.

Los padres de familia que ejercen su eficaz autoridad sobre los jóvenes estudiantes, no se hallan al margen de esta repartición de responsabilidades. A ellos corresponde permanecer atentos tanto a los legítimos intereses de la Universidad —que son los de toda la nación— como a la conducta, aprovechamiento y trabajo de sus hijos que en las aulas de la Casa de Estudios van dando forma a las esperanzas prometedoras que en ellos tienen puestas.

—¡Quién hubiera creído que la música de unos versos franceses, leídos en un cuarto de estudiante, de una casa de la entonces llamada calle de San José, ahora 8ª Calle Poniente, iba a tener tan poderosas alas como para influir, cual si fuese una luna o un cometa, en el ritmo que preside el flujo y reflujo del mar del habla castellana, por

do el presidente Arévalo nos invitó para apadrinar la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guatemala; y el tercero ahora, ya regresando a México después de haber reconstruido estatuas de fuego, al pie de los volcanes de una tierra por donde pasaron los abuelos pipiles pregonando el antiguo idioma en que habló Netzahualcó-



Francisco Gavidia

lo menos en el hemisferio hispanoamericano, y no sólo en el ritmo, en el estilo, en las formas de la prosa, y en algunos órdenes de ideas!

Estos recuerdos de don Francisco Gavidia sobre Rubén Darío fueron el tema central de nuestra conversación, aquella tarde en que la noble figura del ilustre humanista salvadoreño resurgió ante mí en toda la sencillez de su grandeza venerable. Era nuestro tercer encuentro: el primero en 1922, cuando mi inolvidable amigo Juan Ramón Uriarte me llevó ante él; el segundo hace dos años, cuan-

yotl. Indio pipil, o acaso uno de los toltecas supervivientes de la catástrofe de Tula, don Francisco Gavidia posee el secreto de su longevidad, pero no del simple transcurrir de los años sino del acendramiento de su inteligencia que está en gozosa plenitud, al amparo de una memoria que permite transparentar hechos, sombras, nombres, poemas, pirámides derruidas.

Con su vestido blanco, su cabellera nigérrima, que el tiempo alisa como si resbalara sobre el ébano milenario, y con sus ojos infantiles, dulcemente posados sobre las